

Artículo original / original article

## ¿Qué tan andinas son las lenguas de la sierra peruana? Corredores culturales y lingüísticos prehispánicos

### How Andean Are the Languages of the Peruvian Highlands? Pre-Hispanic Cultural and Linguistic Corridors

Roberto Esteban Sánchez Colina<sup>1\*</sup> ; Carlos Trigos García<sup>1</sup> 

<sup>1</sup>Universidad Nacional de San Martín, Tarapoto, Perú

\*Autor de correspondencia: rsanchez@unsm.edu.pe

Recibido: 04 de enero 2026 / Aceptado: 20 de junio 2026 / Publicado: 31 de julio 2026

#### RESUMEN

Los estudios lingüísticos sobre la Amazonía peruana evidencian una influencia andina derivada del contacto temprano y sostenido entre ambas regiones. Torero (2002), Adelaar (2004) y Valenzuela (2015) destacan la presencia del quechua en la Amazonía, mientras Kauffman Doig (2009) denomina este proceso “serranización de la selva”. Asimismo, Cerrón-Palomino (2008) sostiene que la historia lingüística andina debe comprenderse considerando su interacción con las lenguas amazónicas. Este artículo analiza, en sentido inverso, cómo la “amazonización de los Andes” habría influido en la formación temprana de su cultura y lenguas. Su objetivo es destacar la influencia de los pueblos amazónicos y proponer la existencia de corredores culturales y lingüísticos que facilitaron el intercambio entre ambas regiones. Mediante un enfoque hermenéutico-explicativo basado en el análisis crítico de fuentes documentales y bibliográficas (Gadamer, 2004; Ricoeur, 1981), se examinan procesos de contacto, migración e intercambio lingüístico. Se concluye que las lenguas amazónicas desempeñaron un papel relevante en la formación y desarrollo de las principales lenguas andinas del Perú.

**Palabras clave:** contacto lingüístico; corredores culturales; historia lingüística; lenguas amazónicas; lenguas andinas.

#### ABSTRACT

Linguistic studies on the Peruvian Amazon have shown Andean influence resulting from early and sustained contact between both regions. Torero (2002), Adelaar (2004), and Valenzuela (2015) highlight the presence of Quechua in the Amazon, while Kauffman Doig (2009) refers to this process as the “highlandization of the rainforest.” Likewise, Cerrón-Palomino (2008) argues that Andean linguistic history must be understood by considering its interaction with Amazonian languages. From the opposite perspective, this article examines how the “Amazonization of the Andes” may have influenced the early formation of Andean culture and languages. The study aims to highlight the influence of Amazonian peoples and to propose the existence of cultural and linguistic corridors that facilitated exchange between both regions. Using a hermeneutic-explanatory approach based on the critical analysis of documentary and bibliographic sources (Gadamer, 2004; Ricoeur, 1981), the study examines processes of contact, migration, and linguistic exchange. It concludes that Amazonian languages played a relevant role in the formation and development of the main Andean languages of Peru.

**Keywords:** language contact; cultural corridors; linguistic history; Amazonian languages; Andean languages.



**Cómo citar / Citation:** Sánchez Colina, R. E. & Trigos García, C. (2026). ¿Qué tan andinas son las lenguas de la sierra peruana? Corredores culturales y lingüísticos prehispánicos. *Quellccak Revista de Ciencias Sociales*, 2(2), e25

## 1. Introducción

Las ciencias sociales que han contribuido de manera más significativa al conocimiento de la Amazonía prehispánica son la antropología y la lingüística. Aunque ambas disciplinas estudian procesos históricos y culturales similares, lo hacen desde enfoques conceptuales y metodológicos diferentes (Descola & Pálsson, 1996; Epps & Michael, 2017). La antropología emplea el concepto de macroetnia para referirse a conjuntos de pueblos que comparten un origen histórico y una base cultural común, producto de prolongados procesos de interacción y expansión territorial (Santos-Granero, 2002). Por su parte, la lingüística utiliza categorías como tronco lingüístico o familia lingüística para identificar grupos de lenguas descendientes de un ancestro común, reconstruido mediante el método histórico-comparativo (Campbell, 2013). Gracias a este enfoque se han identificado grandes familias lingüísticas amazónicas, entre ellas la arawak, tupí-guaraní, caribe y pano, cuya distribución geográfica constituye un importante indicador de antiguos procesos migratorios e interacción cultural (Dixon & Aikhenvald, 1999; Epps & Michael, 2017).

En la actualidad, numerosos investigadores utilizan el concepto de comunidades etnolingüísticas, entendido como grupos humanos que comparten una identidad cultural y una lengua común, siendo el idioma un elemento fundamental para la transmisión del conocimiento, la memoria histórica y la organización social (Aikhenvald, 2012; Epps & Michael, 2017). Sin embargo, gran parte de la producción académica continúa reproduciendo una visión etnocéntrica que presenta a la Amazonía como un espacio receptor de influencias externas, minimizando su papel como un importante centro de innovación, mestizaje cultural y difusión de conocimientos hacia otras regiones.

Esta perspectiva también se observa en los estudios lingüísticos, que tradicionalmente han privilegiado el análisis de la influencia del quechua sobre las lenguas amazónicas. No obstante, las principales familias lingüísticas amazónicas, como la Arawak, Tupí-guaraní, Pano y Caribe, poseen una antigüedad considerablemente mayor que el quechua, por lo que resulta necesario analizar también los procesos de influencia ejercidos desde la Amazonía hacia los Andes.

Una situación similar ocurrió en la costa peruana. Antes de la expansión del quechua como lengua de integración política durante el Horizonte Tardío y el período incaico, existía una notable diversidad lingüística representada por idiomas hoy desaparecidos o escasamente documentados, entre ellos el mochica o yunga, el quingnam, el sechura, el tallán y el puquina en algunos sectores del litoral sur (Cerrón-Palomino, 2010; Torero, 2002). Estas lenguas estuvieron asociadas con importantes sociedades prehispánicas y reflejan un escenario de gran diversidad étnica y cultural previo a la hegemonía del quechua. La expansión del Imperio inca consolidó esta lengua como instrumento administrativo y de integración política, aunque sin provocar inicialmente la desaparición de las lenguas regionales, muchas de las cuales sobrevivieron durante los primeros siglos del período colonial (Adelaar & Muysken, 2004). Posteriormente, la conquista española, las reducciones indígenas y la expansión del castellano aceleraron el desplazamiento y extinción de estos idiomas (Cerrón-Palomino, 2010). El conocimiento actual sobre ellos procede principalmente de crónicas, vocabularios coloniales, topónimos y estudios de lingüística histórica (Torero, 2002).

Las investigaciones arqueológicas, lingüísticas y etnohistóricas coinciden en señalar que las relaciones entre la Amazonía y los Andes centrales son muy anteriores a la expansión del quechua y constituyeron un proceso continuo de intercambio humano, económico y cultural. Entre los pueblos amazónicos que desempeñaron un papel fundamental destacan los hablantes de las familias lingüísticas Arawak y Pano, cuyas migraciones y redes de interacción alcanzaron las vertientes orientales andinas e incluso algunos sectores costeros mediante corredores de intercambio interregional (Heckenberger, 2002; Lathrap, 1970). Estos contactos facilitaron la circulación de cultígenos, tecnologías, conocimientos rituales y elementos lingüísticos mucho antes de la consolidación del Estado inca.

En particular, los pueblos de filiación Arawak establecieron una amplia red de relaciones desde la Amazonía occidental hasta las estribaciones andinas, favoreciendo la difusión de prácticas

agrícolas, instituciones sociales, concepciones religiosas y procesos de contacto lingüístico que probablemente antecedieron a la formación de las principales lenguas generales de los Andes (Heckenberger, 2002; Santos-Granero, 2002; Smith, 2011). De manera paralela, los pueblos Pano desarrollaron intensas relaciones de intercambio con las poblaciones andinas a través de los valles de ceja de selva, generando espacios de bilingüismo, préstamos léxicos y transferencia cultural que aún pueden identificarse mediante la evidencia lingüística y etnohistórica (Erikson, 1993; Valenzuela, 2015a).

Asimismo, diversos investigadores han propuesto una posible influencia de la lengua shawi, perteneciente a la familia kawapana, sobre la lengua hablada por los antiguos chachapoyas. Aunque esta última desapareció antes de ser documentada de manera sistemática, los estudios de toponimia, antroponimia y reconstrucción histórica indican que la región de Chachapoyas constituyó un importante espacio de interacción entre poblaciones amazónicas y andinas. En este contexto, varios topónimos y rasgos léxicos presentan afinidades con lenguas de la familia kawapana, especialmente con el shawi, lo que podría reflejar antiguos procesos de migración, intercambio y bilingüismo a través de los corredores ecológicos que conectaban la cuenca del río Huallaga con los Andes orientales (Valenzuela, 2015a).

En consecuencia, la expansión del quechua no debe interpretarse como el inicio de las relaciones entre los Andes y la Amazonía, sino como la consolidación de una lengua franca sobre una red de contactos mucho más antigua. Persiste, sin embargo, un importante vacío teórico respecto a la explicación de la influencia ejercida por los pueblos amazónicos sobre las sociedades andinas durante los periodos tempranos, así como sobre los corredores culturales que facilitaron dichos procesos de interacción. La evidencia lingüística, arqueológica y etnohistórica disponible sugiere que las relaciones entre pueblos Arawak, Pano y diversas sociedades andinas contribuyeron a configurar un amplio espacio multicultural donde circularon personas, bienes, conocimientos e ideas durante varios milenios. Desde esta perspectiva, la posterior difusión del quechua como lengua de integración política y administrativa del Estado inca se apoyó en redes de comunicación e intercambio previamente establecidas, muchas de las cuales habrían sido articuladas por poblaciones amazónicas desde épocas preincaicas (Adelaar & Muysken, 2004; Cerrón-Palomino, 2010; Torero, 2002).

## 2. Metodología

La presente investigación se desarrolló en el ámbito de la República del Perú y se enmarca en un enfoque cualitativo de carácter descriptivo, hermenéutico y exploratorio. Este tipo de enfoque resulta adecuado para comprender procesos históricos y socioculturales complejos a partir de la interpretación crítica de diversas fuentes documentales (Denzin & Lincoln, 2018; Gadamer, 2004). El estudio busca explicar los procesos de contacto lingüístico y cultural que precedieron al surgimiento y expansión del quechua como lengua de comunicación general en los Andes peruanos. Desde esta perspectiva, se analizan las dinámicas históricas de interacción entre los pueblos amazónicos y andinos mediante la integración de evidencias lingüísticas, arqueológicas, antropológicas y etnohistóricas (Adelaar & Muysken, 2004; Torero, 2002).

La unidad de análisis está constituida por los fenómenos sociolingüísticos registrados o inferidos para el período prehispánico anterior a la consolidación del quechua como lengua universal en los Andes. La muestra comprende evidencias documentales relacionadas con procesos de contacto entre lenguas amazónicas y andinas, incluyendo préstamos lingüísticos, toponimia, migraciones, redes de intercambio y corredores culturales que vincularon la Amazonía con la sierra y la costa del actual territorio peruano (Cerrón-Palomino, 2008; Valenzuela, 2015a). La variable independiente está representada por la influencia de las lenguas amazónicas y los corredores culturales, mientras que la variable dependiente corresponde al desarrollo de las lenguas andinas y la consolidación del quechua como lengua de integración regional.

La investigación empleó como métodos principales la revisión bibliográfica y el análisis documental de fuentes primarias y secundarias, procedimientos ampliamente utilizados en los

estudios históricos y lingüísticos (Hernández Sampieri & Mendoza Torres, 2018). Como técnicas de recolección de información se utilizaron el fichaje bibliográfico y la elaboración de cuadros comparativos, con el propósito de organizar, sistematizar y contrastar la información procedente de distintas disciplinas. El análisis de los datos se realizó mediante los métodos heurístico, hermenéutico, comparativo y fenomenológico, los cuales permitieron identificar patrones de interacción cultural, establecer relaciones entre las evidencias disponibles e interpretar los procesos históricos del cambio lingüístico desde una perspectiva interdisciplinaria (Gadamer, 2004).

Los materiales empleados comprendieron libros especializados, documentos históricos, artículos científicos publicados en revistas indexadas, actas de congresos, tesis académicas y bases de datos científicas, además de recursos informáticos especializados en lingüística histórica, antropología, arqueología y etnohistoria amazónica y andina.

La investigación se orientó por la siguiente hipótesis: los corredores culturales y el proceso de selvaticización de la sierra desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo temprano de las lenguas andinas durante el período prehispánico y contribuyeron, de manera significativa, al fortalecimiento y posterior consolidación del quechua como lengua universal de los Andes peruanos (Cerrón-Palomino, 2008; Torero, 2002).

### 3. Resultados y discusión

Si se realiza un breve recuento del proceso de poblamiento de Sudamérica en el contexto continental, la evidencia arqueológica indica que las primeras poblaciones humanas se dispersaron rápidamente por diferentes regiones del continente durante el Pleistoceno final. Entre los sitios arqueológicos más antiguos destacan, Monte Verde (Chile), con una antigüedad aproximada de 14 500 años antes del presente; En la Amazonía los restos de Pedra Furada (Brasil), con más de 18,000 años antes del presente, cuya cronología más temprana continúa siendo debatida; Taima-Taima (Venezuela) y en zonas cercanas a las costas Arroyo Seco 2 (Argentina) y Quebrada Jaguay (Perú) con una antigüedad que oscila entre los 13 000 y 8 300 años antes del presente, todo lo cual evidencia una temprana ocupación tanto de las costas del Pacífico como de la Amazonía (Dillehay, 2000; Politis et al., 2008; Roosevelt et al., 2002; Sandweiss et al., 1998).

Diversas investigaciones sostienen que los grupos humanos aprovecharon corredores ecológicos costeros y fluviales para expandirse con rapidez por Sudamérica. Conforme el retroceso de los glaciares permitió la apertura de nuevos espacios habitables al final de la última glaciación, estos grupos ocuparon progresivamente los valles interandinos y las tierras altas de la cordillera de los Andes. Sitios como Guitarrero, Telarmachay, Pikimachay, Lauricocha y Toquepala, en el actual territorio peruano, documentan este proceso de adaptación a los ecosistemas altoandinos durante el Holoceno temprano (Cardich, 1958; Lynch, 1980; MacNeish et al., 1970).

La ocupación de los Andes no respondió a un único movimiento migratorio, sino a sucesivas oleadas de población que migraron desde la costa y la Amazonía durante miles de años, que desarrollaron estrategias diferenciadas de subsistencia y adaptación ambiental. Cada uno de estos grupos incorporó innovaciones tecnológicas —como la fabricación de instrumentos líticos especializados, nuevas técnicas de caza y recolección, y posteriormente el manejo de recursos vegetales y animales— que contribuyeron a la formación de tradiciones culturales regionales. En ese contexto, es probable que inicialmente se haya producido un proceso de amazonización en los andes en varios momentos de la prehistoria e incluso del formativo andino. Estos prolongados procesos de interacción, aislamiento relativo e intercambio favorecieron, con el tiempo, la diversificación cultural y lingüística que caracterizaría posteriormente a las sociedades andinas y amazónicas (Dillehay, 2000; Kaulicke, 2010; Lavallée, 2000). Entre las principales macroetnias de la Amazonía sudamericana se encuentran las familias Arawak, Caribe, Tupi-Guaraní y Pano, las cuales han desempeñado un papel fundamental en la configuración de la diversidad cultural y lingüística de la región (Heckenberger, 2002; Steward, 1948). No obstante,

existen otras macroetnias de menor extensión territorial o demográfica, pero igualmente relevantes desde el punto de vista histórico y antropológico, como las familias Jíbaro (Jivaroana), los Cahuapana y Huitoto (Witotoana), cuya trayectoria evidencia procesos particulares de adaptación, interacción y transformación cultural.

Asimismo, se identifican pueblos indígenas que pertenecen a familias lingüísticas independientes o aisladas, como los Gê o los Zo'é. Estos pueblos no presentan relaciones lingüísticas claramente establecidas con las principales macroetnia podrían ser indicio de poblamientos muy antiguos. (Dixon & Aikhenvald, 1999; Rodrigues, 2000).

Desde una perspectiva histórica y antropológica, es probable que algunos de estos grupos representen remanentes de poblaciones más antiguas que antecedieron a la expansión de las grandes macroetnias amazónicas. En este sentido, constituyen una importante evidencia de los prolongados procesos de diversificación, interacción e hibridación cultural y lingüística que caracterizaron la ocupación humana de la Amazonía desde tiempos prehispánicos (Heckenberger, 2005; Santos-Granero, 2002).

Es importante señalar que las macroetnias amazónicas no surgieron de manera súbita, sino como resultado de un prolongado proceso histórico de migraciones, expansiones demográficas, intercambios interétnicos y mestizaje cultural. Durante este proceso, numerosas etnias preexistentes fueron absorbidas, desplazadas o integradas a nuevas unidades socioculturales, contribuyendo a la conformación de las grandes familias etnolingüísticas que hoy se reconocen en la Amazonía (Lathrap, 1970; Roosevelt, 1994), en ese sentido, es probable que los grupos amazónicos más antiguos que interactuaron con los andes se diluyeran con el tiempo, hasta la aparición de los grupos étnicos más modernos.

Del mismo modo, las proto etnias y los protolenguajes evolucionaron gradualmente mediante complejos procesos de interacción social, intercambio económico, alianzas matrimoniales y circulación de conocimientos. Estas dinámicas favorecieron la consolidación de identidades compartidas y de tradiciones culturales comunes, al tiempo que impulsaron la diferenciación lingüística y la formación de las principales macroetnias amazónicas conocidas en la actualidad (Dixon & Aikhenvald, 1999; Rodrigues, 2000).

**Origen de las macro etnias o familias lingüísticas amazónicas:** La Amazonía sudamericana ha estado ocupada por poblaciones humanas desde hace al menos 20 000 años, aunque la reconstrucción de su historia cultural temprana continúa siendo un desafío debido a las condiciones ambientales que limitan la preservación de los restos arqueológicos. No obstante, las evidencias recuperadas en sitios arqueológicos, junto con los petroglifos, geoglifos y otros vestigios materiales, permiten inferir aspectos relevantes de su forma de vida, sus tecnologías, sus patrones de asentamiento y su organización social (Heckenberger, 2002; Rodrigues, 2000).

Diversos estudios sugieren que estas poblaciones desarrollaron formas tempranas de comunicación y, probablemente, protolenguas que, con el paso del tiempo, se diversificaron, expandieron o desaparecieron como consecuencia de procesos migratorios y cambios demográficos. Aunque no existen registros directos de estas lenguas, la evidencia arqueológica y genética indica que los grupos humanos utilizaron de manera intensiva la extensa red hidrográfica amazónica como principal vía de movilidad e intercambio (Sánchez Colina 2025). Asimismo, durante los períodos de mayor aridez del Holoceno, la expansión temporal de sabanas y corredores ecológicos habría facilitado desplazamientos terrestres entre distintas regiones, favoreciendo contactos de larga distancia y posibles movimientos tempranos entre la Amazonía y los Andes (Hornborg & Hill, 2011).

Durante el Holoceno medio y tardío, aproximadamente entre 5000 y 4000 años antes del presente (AP), se consolidaron diversas familias lingüísticas y complejos culturales de amplia distribución en la Amazonía, como resultado de prolongados procesos de migración, interacción, intercambio y mestizaje entre las poblaciones indígenas. Entre los grupos con mayor expansión territorial destacan las familias arawak, tupí-guaraní, pano y caribe, cuya dispersión a lo largo de la cuenca

amazónica ha sido ampliamente documentada mediante evidencias arqueológicas, lingüísticas, paleoecológicas y etnohistóricas (Heckenberger, 2005; Hornborg & Hill, 2011).

Estas sociedades desarrollaron complejas redes de intercambio regional e interregional, perfeccionaron sistemas agrícolas adaptados al bosque tropical húmedo y transformaron de manera significativa el paisaje amazónico mediante el manejo intensivo de los recursos naturales. Entre las principales evidencias de esta transformación destacan la construcción de geoglifos, montículos, caminos elevados, canales, campos agrícolas y la formación de suelos antropogénicos conocidos como *terra preta* o "tierras negras amazónicas", considerados uno de los indicadores más relevantes de la ocupación humana de larga duración en la región (Heckenberger, 2005).

Diversas investigaciones sostienen, además, que estas sociedades amazónicas mantuvieron vínculos permanentes con las poblaciones andinas desde épocas muy tempranas, estableciendo redes de intercambio de bienes, tecnologías, cultivos y conocimientos que se remontarían, al menos, a 4000 años antes del presente (Hornborg & Hill, 2011). En los últimos años, los avances en teledetección mediante tecnología LiDAR, imágenes satelitales y prospecciones arqueológicas han modificado sustancialmente la comprensión tradicional sobre la ocupación prehispánica de la Amazonía. En este contexto, (Pärssinen et al., 2026) documentaron la existencia de más de 20 000 estructuras de tierra precoloniales en la Amazonía sudoccidental, evidenciando la presencia de sociedades altamente organizadas y densamente pobladas mucho antes de la llegada de los europeos y antes del desarrollo de la cultura Inca en los andes. De manera complementaria, (Coomes et al., 2021) georreferenciaron cientos de sitios arqueológicos inéditos en la Amazonía peruana, confirmando que esta región albergó un desarrollo cultural mucho más complejo y extenso de lo que tradicionalmente se había considerado. En conjunto, estas investigaciones refuerzan la hipótesis de que la Amazonía constituyó un importante foco de desarrollo civilizatorio y un espacio de interacción permanente con los Andes desde tiempos prehispánicos y antes de la consolidación de las lenguas universales de los andes.

**El origen de la macroetnia Arawak:** La macroetnia Arawak constituye uno de los complejos etnolingüísticos más extensos y antiguos de América del Sur. Su expansión histórica alcanzó un vasto territorio que comprendía la Amazonía occidental y central, la cuenca del Orinoco, las Guayanas, el Alto Xingú, Bolivia, parte del Chaco y, posteriormente, las Antillas. Esta amplia distribución evidencia la notable capacidad de adaptación ecológica, movilidad e interacción cultural de los pueblos hablantes de lenguas pertenecientes a la familia arawak (Heckenberger, 2002; Payne, 1991).

Los pueblos Arawak, también conocidos como arahuacos, no conformaban una única unidad política o étnica, sino un conjunto de sociedades independientes que compartían un origen lingüístico común. Aunque presentaban una gran diversidad en sus formas de organización social, economía y cosmovisión, todas ellas hablaban lenguas pertenecientes a la familia Arawak o Maipure, considerada una de las familias lingüísticas más extensas del continente americano (Dixon & Aikhenvald, 1999).

Las evidencias lingüísticas, arqueológicas y etnohistóricas sugieren que los primeros grupos Arawak se desarrollaron en algún sector de la Amazonía occidental y la cuenca del Orinoco, abarcando regiones que actualmente corresponden al este de Colombia, el sur de Venezuela, el norte de Brasil y la Amazonía peruana. En este amplio espacio geográfico comenzó el proceso de diferenciación cultural y lingüística que dio origen al proto-arawak en un periodo aproximado entre 4 000 y 5 000 años antes del presente, aunque algunos investigadores proponen una cronología aún más antigua (Dixon & Aikhenvald, 1999; Payne, 1991).

Desde esta región ancestral, diversos grupos iniciaron sucesivas migraciones que favorecieron la expansión de las lenguas y tradiciones Arawak por gran parte de Sudamérica. Este proceso fue impulsado por el establecimiento de redes de intercambio regional, la navegación fluvial y la ocupación progresiva de nuevos territorios. Los sistemas hidrográficos del Amazonas, el Orinoco y sus numerosos afluentes constituyeron verdaderos corredores naturales que facilitaron el

movimiento de poblaciones, el intercambio de bienes, conocimientos y tecnologías, así como la difusión de prácticas agrícolas y manifestaciones culturales comunes (Heckenberger, 2002).

Desde la perspectiva de la lingüística histórica, numerosos especialistas consideran que la Amazonía occidental, particularmente la región comprendida entre las cuencas de los ríos Ucayali, Purús, Madeira y Alto Negro, representa el área donde el proto-arawak alcanzó su mayor desarrollo y diversificación. Esta hipótesis se fundamenta en un principio ampliamente aceptado en lingüística histórica, según el cual la mayor diversidad interna de una familia lingüística suele encontrarse en su región de origen o en el área donde experimentó su proceso más prolongado de diferenciación. La concentración de numerosas lenguas arawak en esta región constituye uno de los principales argumentos que respaldan esta propuesta (Dixon & Aikhenvald, 1999; Payne, 1991). En el Perú, actualmente solo sobreviven las etnias, Ashéninka, Nomatsigenka, Matsigenka, Yine, Kakinte, Yanesha, Resígaro y Chamicuro.

Las poblaciones Arawak se dispersaron gradualmente hacia el norte, el este y el sur del continente, ocupando amplios sectores de la Amazonía, la cuenca del Orinoco, las Guayanas, el Alto Xingú y las tierras bajas de Bolivia. Con el paso del tiempo, algunos grupos alcanzaron las Antillas Mayores y Menores varios siglos antes de la llegada de los europeos, convirtiéndose en una de las tradiciones culturales y lingüísticas de mayor difusión en la América tropical prehispánica (Heckenberger, 2002).

**El origen de la macroetnia Caribe:** La macroetnia caribe constituye uno de los principales complejos etnolingüísticos de la región septentrional de América del Sur. En la actualidad, las lenguas de la familia caribe se distribuyen principalmente en Venezuela, Guyana, Surinam, Guayana Francesa, el norte de Brasil y algunos sectores de Colombia, donde sobreviven diversas comunidades que conservan este importante patrimonio lingüístico (Payne, 1991).

Las evidencias lingüísticas, arqueológicas y etnohistóricas coinciden en señalar que el centro de origen de la familia lingüística caribe se localizó en el Escudo Guayanés, particularmente en la región comprendida entre las cuencas del Alto Orinoco, el río Branco y las Guayanas (Gildea, 2012).

Las reconstrucciones de la lingüística histórica estiman que el proto-caribe comenzó a diferenciarse hace aproximadamente entre 3 500 y 4 500 años antes del presente. Sin embargo, la expansión demográfica y territorial más significativa de los pueblos caribes parece haberse producido durante los dos últimos milenios, período en el que diversas sociedades extendieron su influencia por amplios sectores del norte amazónico y la región de las Guayanas (Gildea, 2012; Meira & Franchetto, 2005).

A diferencia de la familia lingüística arawak, cuya expansión alcanzó extensas áreas de la Amazonía occidental y parte del actual territorio peruano, no existe evidencia concluyente de que los pueblos hablantes de lenguas caribes hayan ocupado de manera permanente regiones del actual Perú (Payne, 1991), aunque se ha planteado que grupos como los Cholones e Hibitos de la región San Martín pudieron tener ese origen por sus características de ocupación y por ser guerreros y cazadores solitarios, pero esta es solo una teoría que debe profundizarse.

En consecuencia, el consenso académico actual sostiene que la influencia de la macroetnia caribe en el Perú fue, en el mejor de los casos, indirecta y producto de contactos interétnicos de larga distancia, mientras que la presencia demográfica y lingüística predominante en la Amazonía peruana correspondió a otras grandes familias, especialmente la arawak, la pano, la tupí, cahuapana y la jíbaro (Dixon & Aikhenvald, 1999; Gildea, 2012).

**El origen y expansión de la macroetnia Tupí-guaraní:** La antropóloga Branislava Susnik fue una de las primeras investigadoras en desarrollar una interpretación sistemática sobre el origen de los pueblos tupí-guaraní. Basándose en los conocimientos de la antropología física disponibles durante la segunda mitad del siglo XX, propuso que estos pueblos fueron el resultado de un prolongado proceso de interacción entre diversas poblaciones prehistóricas proto malayas, proto siberianas y australoides. Aunque dichas categorías biológicas han sido posteriormente

abandonadas por la antropología contemporánea, la importancia de Susnik radica en haber destacado el carácter temprano, dinámico y complejo de la etnogénesis tupí-guaraní, una perspectiva que continúa siendo relevante para comprender la formación de estas sociedades (Bossert & Villar, 2013; Susnik, 1981).

La familia lingüística tupí constituye uno de los complejos etnolingüísticos más importantes de América del Sur. Está integrada por aproximadamente diez ramas lingüísticas, entre las que destaca la subfamilia tupí-guaraní debido a su amplia distribución geográfica y a la influencia histórica que ejerció sobre extensas regiones de la Amazonía y del Cono Sur. Antes de la llegada de los europeos, los pueblos tupí-guaraní ocupaban territorios que actualmente corresponden a Brasil, Paraguay, Bolivia, Argentina, Uruguay y sectores de la Amazonía peruana, conformando una de las expansiones demográficas más significativas de la América tropical (Noelli, 1998; Rodrigues & Cabral, 2012).

Las reconstrucciones lingüísticas estiman que el tronco proto-tupí comenzó a diferenciarse hace aproximadamente entre 5 500 y 6 000 años. Posteriormente, la rama proto-tupí-guaraní inició su propia diversificación hace alrededor de 2 500 años, dando origen a numerosas lenguas que, con el tiempo, se difundieron hacia el litoral atlántico brasileño, la cuenca del Plata, el Chaco y el sur de la Amazonía (Rodrigues & Cabral, 2012). Aunque estas cronologías son ampliamente aceptadas, algunos estudios filogenéticos recientes proponen que la diferenciación específica del proto-tupí-guaraní pudo haberse producido más al este, en la región comprendida entre las cuencas altas de los ríos Tapajós y Xingú. Esta propuesta constituye una de las principales líneas de investigación actuales sobre el origen de esta importante familia lingüística (Gerardi, 2017).

En consecuencia, hoy existen dos grandes hipótesis acerca del origen del proto-tupí-guaraní. La primera, considerada la más aceptada, sostiene que el núcleo original se localizó en el sudoeste amazónico, desde donde los distintos grupos iniciaron su expansión aprovechando las principales redes hidrográficas de la cuenca amazónica (Noelli, 1998). La segunda hipótesis plantea que la diferenciación de la rama Tupí-guaraní ocurrió posteriormente en la Amazonía centro-oriental, entre los ríos Tapajós y Xingú, desde donde se habría producido la expansión que dio lugar a la amplia distribución histórica de los pueblos guaraníes y tupinambá (Gerardi, 2017). Lejos de ser contradictorias, ambas propuestas pueden interpretarse como etapas sucesivas de un mismo proceso histórico: el origen del tronco tupí en el sudoeste amazónico y la consolidación del proto-tupí-guaraní en una región más oriental.

La expansión territorial de los pueblos Tupí-guaraní estuvo estrechamente vinculada a la extraordinaria red fluvial amazónica. Los ríos Amazonas, Madeira, Tapajós, Xingú, Tocantins, Paraguay y Paraná actuaron como auténticos corredores naturales que facilitaron la movilidad de las poblaciones, el intercambio de bienes y conocimientos, así como la difusión de innovaciones tecnológicas y prácticas agrícolas. Diversos estudios coinciden en señalar que la navegación fluvial desempeñó un papel decisivo en la rápida dispersión de las comunidades tupí-guaraní, permitiéndoles establecer extensas redes de interacción cultural mucho antes del contacto europeo (Noelli, 2008; Rodrigues & Cabral, 2012).

Las investigaciones recientes han reforzado esta interpretación mediante el empleo de herramientas provenientes de la genética poblacional y la filogenética lingüística. Los estudios realizados por (Hünemeier, 2015) muestran que las poblaciones asociadas al tronco tupí experimentaron un importante crecimiento demográfico durante los dos últimos milenios, fenómeno que coincide con la expansión documentada por la arqueología y la lingüística histórica. No obstante, las estimaciones sobre el tamaño de esta población antes de la llegada de los europeos continúan siendo objeto de debate, por lo que las cifras propuestas deben considerarse aproximaciones sujetas a revisión.

La notable expansión geográfica de los pueblos tupí-guaraní convirtió a esta familia lingüística en una de las más difundidas de América del Sur. Durante el período prehispánico, numerosas comunidades establecieron asentamientos permanentes en las cuencas de los ríos Paraná, Paraguay, Uruguay y en extensos sectores del litoral atlántico brasileño. Este proceso favoreció

la formación de redes comerciales, alianzas políticas e intercambios culturales que contribuyeron a la consolidación de una identidad lingüística compartida, aun cuando persistiera una considerable diversidad regional (Noelli, 2008).

El término tupí-guaraní fue difundido por Alfred Métraux a partir del estudio de las fuentes coloniales de los siglos XVI y XVII, que describían a los tupinambá y a los guaraníes como pueblos estrechamente emparentados desde el punto de vista lingüístico y cultural. Sin embargo, investigaciones posteriores demostraron que los cronistas portugueses empleaban con mayor frecuencia expresiones como *língua do Brasil*, *língua brasílica* o *língua geral*, mientras que la denominación "tupí" adquirió un uso académico mucho más tardío (Hünemeier, 2015).

La tradición oral guaraní conserva diversos relatos sobre el origen de este pueblo. Entre ellos destaca el mito de los hermanos Tupí y Guaraní, quienes, tras separarse, habrían emprendido rutas diferentes: uno siguiendo la costa atlántica y el otro internándose en la selva en busca de la mítica Tierra sin Mal. Aunque esta narración pertenece al ámbito de la tradición mítica y no constituye una evidencia histórica, resulta significativa porque refleja la memoria cultural de antiguas migraciones y coincide parcialmente con las reconstrucciones lingüísticas y arqueológicas que sitúan el origen remoto de los pueblos guaraníes en la Amazonía (Melià, 1987).

En conjunto, las evidencias disponibles indican que la expansión de los pueblos Tupí-guaraní fue el resultado de un proceso histórico prolongado, impulsado por la combinación de crecimiento demográfico, innovación tecnológica, agricultura, navegación fluvial y adaptación a diversos ambientes amazónicos y subtropicales. Si bien aún existen debates sobre la localización exacta del área donde se diferenció el proto-tupí-guaraní, el consenso actual sitúa el origen del tronco tupí en el sudoeste de la Amazonía y reconoce que su posterior dispersión dio lugar a una de las tradiciones lingüísticas y culturales de mayor importancia en la historia prehispánica de Sudamérica. En el caso del Perú, su presencia se limitaría a los territorios amazónicos, interactuando con etnias como la Pano, Cahuapana y Jibaro, quienes si habrían interactuado con los andes, principalmente con los Chachapoyas y Bracamoros. En la actualidad, solo sobreviven las etnias Cocama-Cocamilla y la Omagua, que según las crónicas fue muy poderosa y extendida.

**El origen de la macroetnia Pano:** La familia lingüística Pano constituye uno de los principales complejos etnolingüísticos de la Amazonía occidental y comprende más de treinta lenguas distribuidas entre el este del Perú, el oeste de Brasil y el norte de Bolivia. A pesar de su amplia extensión geográfica, el lugar exacto de origen de esta familia aún no ha sido determinado con certeza. Sin embargo, la mayor parte de las investigaciones lingüísticas coincide en situar su núcleo de diversificación en la región comprendida entre el alto Ucayali, el alto Purús, el Yuruá y el Javari. Esta propuesta se fundamenta en que dicha zona concentra la mayor diversidad de lenguas Pano, criterio que la lingüística histórica considera un indicador confiable para identificar el área de origen de una familia lingüística (Fleck, 2013; Rodrigues & Cabral, 2012).

Las reconstrucciones lingüísticas indican que el proto-pano comenzó a diferenciarse hace aproximadamente entre 2 500 y 3 500 años antes del presente. En comparación con otras familias amazónicas, como la Arawak y la tupí, la expansión territorial de los pueblos Pano ocurrió relativamente más tarde. A partir de su núcleo ancestral, distintos grupos iniciaron un proceso gradual de dispersión siguiendo los principales corredores fluviales de la Amazonía occidental. Este desplazamiento permitió la ocupación de las cuencas de los ríos Ucayali, Tamaya, Pisqui, Pachitea, Curanja, Madre de Dios y numerosos afluentes, favorecido por la navegación, la agricultura itinerante y el establecimiento de redes de intercambio con otros pueblos amazónicos (Fleck, 2013).

Como consecuencia de estos procesos de movilidad, los pueblos Pano desarrollaron una notable capacidad de adaptación ambiental y establecieron relaciones permanentes con sociedades pertenecientes a otras familias lingüísticas, especialmente las Arawak y Tacana. La evidencia lingüística, arqueológica y etnohistórica disponible permite considerar a los pueblos Pano como una de las ocupaciones humanas más antiguas y continuas de la Amazonía peruana, desempeñando un papel fundamental en la configuración cultural de la Amazonía meridional

(Fleck, 2013). En la actualidad sobreviven las etnias Amahuaca, Cashinahua, Iskonawa, Kapanawa, Kakataibo, Matsés, Nahua, Sharanahua, Shipibo-konibo y Yaminahua.

Respecto a su origen remoto, una de las hipótesis más conocidas fue propuesta por Donald Lathrap, quien sostuvo que los antepasados de los pueblos Pano podrían haber procedido de regiones ubicadas al sur de la Amazonía e incluso del sur del continente sudamericano. Según esta interpretación, antiguos movimientos poblacionales habrían impulsado su migración hacia las cuencas amazónicas del Ucayali, Purús y Juruá, donde posteriormente se diversificaron las distintas lenguas Pano (Lathrap, 1970). Aunque esta propuesta ha ejercido una importante influencia en los estudios amazónicos, continúa siendo motivo de debate debido a que las evidencias arqueológicas, lingüísticas y genéticas disponibles aún no permiten confirmar de manera definitiva este origen austral.

Desde la perspectiva de la lingüística histórica, diversos investigadores han señalado la existencia de posibles relaciones entre las lenguas Pano y otras familias de las tierras bajas sudamericanas. La propuesta con mayor aceptación plantea una relación genética entre las familias Pano y tacana, agrupadas dentro de la denominada familia Pano-Tacana, sustentada en semejanzas fonológicas, gramaticales y léxicas (Fleck, 2013). Asimismo, algunos especialistas han sugerido la posibilidad de antiguos contactos entre pueblos Pano y poblaciones del Gran Chaco, basándose en similitudes culturales y en posibles procesos de movilidad prehistórica. Sin embargo, estas hipótesis todavía requieren mayor respaldo mediante investigaciones comparativas de carácter lingüístico, arqueológico y genético.

También se han planteado posibles vínculos entre las lenguas Pano y algunas familias lingüísticas andinas, particularmente el quechua, el aimara e incluso el desaparecido pukina. No obstante, la mayoría de los especialistas considera que las semejanzas identificadas no constituyen pruebas suficientes para demostrar un parentesco genético. Estas coincidencias pueden explicarse por contactos prolongados entre poblaciones vecinas, préstamos léxicos, procesos de convergencia lingüística o simples coincidencias tipológicas (Adelaar & Muysken, 2004; Rodrigues & Cabral, 2012).

Durante las primeras décadas del siglo XX, algunos investigadores, entre ellos el franciscano Manuel Navarro, sostuvieron que varias lenguas amazónicas habían recibido una fuerte influencia del quechua como consecuencia de la expansión del Imperio inca y de antiguos contactos entre los Andes y la Amazonía. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas y lingüísticas desarrolladas posteriormente demostraron que el poblamiento amazónico posee una historia mucho más antigua y una trayectoria independiente de la formación de las sociedades andinas. En la actualidad, se considera que las relaciones entre ambas regiones fueron el resultado de intercambios permanentes y bidireccionales, antes que de una influencia exclusivamente ejercida desde los Andes hacia la Amazonía (Adelaar & Muysken, 2004; Heckenberger, 2002).

En esta misma línea, Mendoza (1983) identificó diversas semejanzas léxicas y estructurales entre las lenguas Pano y el quechua, interpretándolas como posibles evidencias de antiguos procesos de contacto cultural. Aunque estos hallazgos resultan relevantes para comprender las relaciones históricas entre ambas regiones, el consenso académico sostiene que las evidencias disponibles todavía no permiten establecer un origen común entre ambas familias lingüísticas.

Por su parte, Adelaar señala que la consolidación del protoquechua y del protoaimara estuvo asociada a procesos de expansión demográfica e integración regional ocurridos durante el primer milenio de nuestra era. Este escenario coincidió con importantes transformaciones sociales tanto en los Andes como en la Amazonía, favoreciendo el desarrollo de amplias redes de intercambio mediante las cuales circularon productos, tecnologías, conocimientos y prácticas culturales. Estas interacciones fortalecieron los vínculos entre sociedades amazónicas y andinas, aunque su intensidad y características específicas continúan siendo objeto de investigación (Adelaar & Muysken, 2004; Santos-Granero, 2002).

En conjunto, la evidencia disponible muestra que los pueblos Pano constituyen uno de los componentes fundamentales para comprender la historia cultural y lingüística de la Amazonía

occidental. Su expansión relativamente reciente, su amplia distribución territorial, sus relaciones con otras familias lingüísticas y su participación en redes de intercambio reflejan una prolongada historia de movilidad y adaptación. Aunque persisten interrogantes acerca de su origen remoto y de sus posibles vínculos con otros pueblos sudamericanos, las investigaciones actuales coinciden en reconocer que la familia Pano representa uno de los procesos históricos y culturales más importantes en la conformación de la Amazonía occidental (Fleck, 2013; Rodrigues & Cabral, 2012).

El quechua, el puquina y el Aymara constituyen las familias lingüísticas indígenas de mayor difusión en los Andes y su expansión se consolidó durante el primer milenio de nuestra era. En el caso del quechua las reconstrucciones lingüísticas sitúan el desarrollo del protoquechua en la región central del actual Perú, desde donde se expandió mediante procesos de interacción política, económica y cultural (Adelaar & Muysken, 2004; Torero, 2002).

En contraste, diversas familias lingüísticas amazónicas, como la arawak, pano, tupí-guaraní y caribe, presentan una historia evolutiva más antigua y una diversificación que, según la evidencia lingüística, arqueológica y genética, comenzó varios milenios antes de la consolidación del protoquechua. La amplia distribución geográfica y la elevada diversidad interna de estas familias sugieren prolongados procesos de ocupación y expansión en las tierras bajas sudamericanas (Aikhenvald, 2012; Fleck, 2013; Rodrigues & Cabral, 2012).

Las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas indican que las poblaciones amazónicas mantuvieron redes de intercambio con las sociedades andinas desde épocas prehispánicas tempranas. A través de estos contactos circularon productos, tecnologías, conocimientos y elementos culturales que favorecieron procesos de influencia mutua entre ambas regiones (Heckenberger, 2002, 2005). En consecuencia, algunos investigadores han planteado que ciertas semejanzas léxicas y culturales observadas entre el quechua, pukina y aimara y diversas lenguas amazónicas podrían reflejar antiguos procesos de contacto e intercambio, más que un origen exclusivamente andino o una relación genética directa (Adelaar & Muysken, 2004; Valenzuela, 2015).

En la actualidad, el consenso académico sostiene que el quechua constituye una familia lingüística independiente. Sin embargo, también reconoce que su evolución ocurrió en un escenario de intensas interacciones con pueblos amazónicos, cuyas tradiciones lingüísticas poseen una profundidad temporal considerablemente mayor. Por ello, la posibilidad de que algunas innovaciones culturales y ciertos préstamos léxicos amazónicos hayan contribuido al desarrollo histórico de las lenguas andinas continúa siendo una línea de investigación abierta, aunque todavía carece de evidencias suficientes para establecer conclusiones definitivas (Campbell, 2012; Adelaar & Muysken, 2004).

**Probables corredores culturales de contacto entre las lenguas amazónicas y andinas:** Las migraciones desempeñaron un papel fundamental en la conformación de los grupos étnicos de la Amazonía sudamericana. Diversas investigaciones arqueológicas, lingüísticas y etnohistóricas coinciden en que la ocupación de la selva tropical fue el resultado de sucesivos procesos de movilidad humana que aprovecharon las grandes redes fluviales durante los periodos de estabilidad climática y, en épocas de sequía, los corredores de sabana que facilitaban la comunicación entre diferentes cuencas hidrográficas (Aikhenvald, 2012; Heckenberger, 2005). Estos desplazamientos contribuyeron a la expansión de importantes familias lingüísticas amazónicas, entre ellas la Arawak, Pano y Tupí-guaraní, cuyos movimientos hacia la actual Amazonía peruana probablemente ocurrieron entre aproximadamente 4000 y 2000 años antes del presente, aunque la cronología precisa continúa siendo objeto de debate (Fleck, 2013; Rodrigues & Cabral, 2012).

En este contexto, aún constituye un tema de investigación la relación entre dichas migraciones y el surgimiento de las primeras sociedades complejas del Formativo Amazónico, particularmente las tradiciones arqueológicas de Tutishcainyo y Shakimu, desarrolladas en la cuenca del río Ucayali. Los territorios ocupados por estos grupos no solo consolidaron importantes centros de

poblamiento, sino que también funcionaron como plataformas de interacción y expansión hacia las regiones andinas mediante corredores naturales que conectaban ambas vertientes (Lathrap, 1970; Roosevelt, 1994).

Desde esta perspectiva, las rutas transversales entre la Amazonía y los Andes habrían constituido uno de los principales escenarios de intercambio cultural. Pilar M. Valenzuela (2015) señala que «es imposible establecer con precisión dónde terminan los contrafuertes orientales de los Andes y empieza la llanura amazónica». Citando a Adelaar, la autora sostiene que resulta esperable que las lenguas y culturas asentadas en este espacio de transición compartan rasgos propios de ambas regiones, producto de prolongados procesos de interacción.

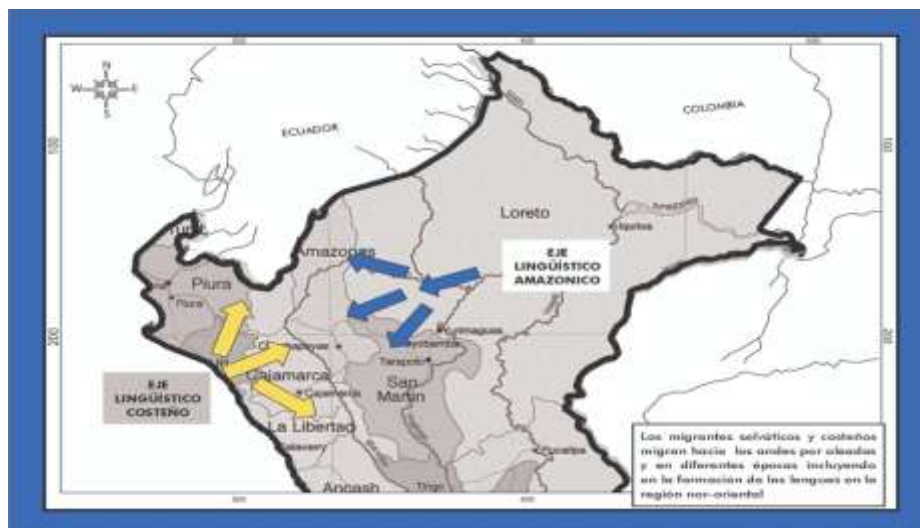
Las características geográficas del sector nororiental del Perú favorecieron especialmente estos contactos. En esta región la cordillera presenta menores altitudes, los grandes ríos amazónicos discurren próximos a los Andes y existen numerosos pasos naturales que facilitaron la circulación de personas, bienes e información. En concordancia con esta interpretación, Michael (2011) identifica evidencias fonológicas que permiten distinguir dos grandes áreas lingüísticas sudamericanas —las tierras altas y las tierras bajas—, observando que precisamente en las zonas de transición se registran procesos de convergencia lingüística asociados a corredores fluviales que comunican el altiplano andino con la Amazonía.

Las investigaciones arqueológicas también muestran que estas interacciones no se limitaron al piedemonte andino. La civilización de Caral (ca. 3000–1800 a. C.), considerada una de las sociedades urbanas más antiguas de América, mantuvo relaciones de intercambio con diversas regiones del antiguo Perú, incluida la Amazonía. El hallazgo de plumas tropicales, maderas, semillas, restos de primates y otros productos característicos de las tierras bajas constituye una evidencia de la existencia de redes comerciales de larga distancia que conectaban la costa, los Andes y la selva. Estos intercambios facilitaron no solo la circulación de recursos materiales, sino también la difusión de conocimientos, tecnologías y manifestaciones culturales entre regiones geográficamente distantes (Kaulicke, 2010; Rostworowski, 1999; Shady Solís, 2006).

En consecuencia, resulta razonable considerar que estas redes comerciales generaron también espacios permanentes de comunicación intercultural. Los corredores por donde circulaban personas, productos e innovaciones tecnológicas debieron funcionar igualmente como corredores lingüísticos, favoreciendo el contacto entre hablantes de diferentes familias idiomáticas y promoviendo procesos de préstamo léxico, bilingüismo, convergencia estructural e intercambio cultural e incluso generando el surgimiento de etnias tan importantes como los Jibaros y Cahuapana. Desde esta perspectiva, la interacción entre la Amazonía y los Andes constituye un elemento clave para comprender la evolución histórica de las lenguas y culturas prehispánicas del antiguo Perú (Adelaar & Muysken, 2004; Gildea, 2012; Rodrigues & Cabral, 2012; Valenzuela, 2015a).

#### **a) El corredor nororiental amazónico y las relaciones entre las lenguas amazónicas y andinas:**

El eje nororiental amazónico constituye uno de los principales corredores naturales de interacción entre la Amazonía y los Andes centrales. Sus características geográficas —la menor altitud de la cordillera oriental, la proximidad de las cabeceras de los ríos Marañón, Huallaga, Mayo, Chinchipe y Santiago, así como la existencia de numerosos pasos naturales— facilitaron, desde tiempos prehispánicos, la circulación de poblaciones, bienes, conocimientos y manifestaciones culturales entre ambos espacios ecológicos (Adelaar & Muysken, 2004; Valenzuela, 2015b). En consecuencia, esta zona de transición favoreció el establecimiento de redes permanentes de intercambio e interacción intercultural, convirtiéndose en uno de los escenarios más dinámicos para la difusión de innovaciones tecnológicas, prácticas económicas y tradiciones lingüísticas.



La evidencia arqueológica confirma que el nororiente peruano no constituyó una frontera entre los Andes y la Amazonía, sino un espacio de articulación regional. Las investigaciones realizadas en la cuenca del río Chinchipe, en Jaén, así como en el Alto Marañón, han documentado ocupaciones tempranas caracterizadas por el intercambio de bienes de prestigio, especies vegetales domesticadas y conocimientos tecnológicos entre sociedades amazónicas y andinas desde el Formativo Temprano (Burger, 1995; F. Valdez, 2008).

En este contexto, el complejo arqueológico de Montegrande y el sitio de Santa Ana-La Florida, ubicado en la actual frontera entre Ecuador y Perú, evidencian la existencia de redes de interacción que integraban ambos ambientes ecológicos hace más de cuatro mil años (Valdez, 2008). Asimismo, la circulación de productos amazónicos —como plumas, resinas, semillas y plantas de uso ritual—, junto con objetos de piedra y conchas marinas procedentes de la costa, demuestra la existencia de circuitos de intercambio de larga distancia mucho antes de la expansión de los grandes estados andinos (Kaulicke, 2010; Shady Solís, 2006).

Desde la perspectiva antropológica, este corredor facilitó el establecimiento de relaciones permanentes entre pueblos pertenecientes a distintas familias lingüísticas, favoreciendo alianzas políticas, intercambios matrimoniales y la circulación de conocimientos rituales. Estos procesos contribuyeron a la formación de rasgos culturales compartidos entre poblaciones amazónicas y andinas, sin que ello implique necesariamente un origen común o una filiación étnica única (Santos-Granero, 2002). En este sentido, Valenzuela (2015) sostiene que resulta difícil establecer un límite cultural preciso entre los contrafuertes orientales de los Andes y la llanura amazónica, debido a la prolongada historia de contactos e intercambios que caracteriza a las poblaciones asentadas en esta región.

La lingüística histórica respalda esta interpretación. Michael (2011) propone la existencia de dos grandes áreas fonológicas en Sudamérica —las tierras altas y las tierras bajas— y señala que el nororiente peruano constituye una importante zona de convergencia, donde diversas lenguas amazónicas han incorporado rasgos fonológicos y gramaticales característicos de las lenguas andinas, al tiempo que estas últimas han recibido influencias procedentes de las lenguas de la Amazonía. En la actualidad, esta región continúa siendo uno de los espacios de mayor diversidad lingüística del continente, donde conviven lenguas pertenecientes a las familias jíbara, cahuapana, pano, arawak, bora, huitoto y variedades del quechua amazónico. Esta diversidad ha favorecido procesos prolongados de bilingüismo, préstamos léxicos y convergencia lingüística, reflejando una continuidad histórica de los contactos interculturales iniciados en épocas prehispánicas (Adelaar & Muysken, 2004; Valenzuela, 2015b).

Dentro de este amplio escenario de interacción lingüística, resulta pertinente considerar el caso del mochica o yunga. Antes de la conquista española, esta lengua era hablada por la población muchik de la costa norte y ejercía una importante influencia regional. La principal fuente colonial para su estudio es *Arte de la lengua yunga de los valles del Obispado de Trujillo del Perú* (1664), del sacerdote Fernando de la Carrera, obra que constituye el primer tratado gramatical dedicado a este idioma (De la Carrera, 1664/1939). Aunque el mochica dejó de transmitirse como lengua materna durante el siglo XX, su legado permanece en numerosos topónimos, antropónimos y elementos del léxico regional de la costa norte peruana (Cerrón-Palomino, 1995).

En las últimas décadas, diversas instituciones académicas y gobiernos locales de Lambayeque y La Libertad han impulsado iniciativas orientadas a la recuperación y difusión del patrimonio lingüístico mochica mediante programas educativos, investigaciones y proyectos de revitalización cultural.

Algunos investigadores han planteado la posibilidad de contactos históricos entre el mochica y determinadas lenguas amazónicas. En este sentido, Alfredo Germany Aij Juank (1995) propuso la hipótesis de que una antigua variante que denomina "Puruhá-Mochica", en interacción con pueblos de filiación Arawak, habría influido en el proceso histórico de formación de la lengua shuar, perteneciente a la familia lingüística jíbara, propuesta que continúa siendo objeto de debate. A pesar de ello, diversas investigaciones arqueológicas e históricas coinciden en señalar que los pueblos jíbaros estuvieron estrechamente vinculados con los Bracamoros, una importante sociedad compleja con una cultura agroforestal asentada en la alta cuenca del Marañón y sus áreas de influencia, reconocida por haber mantenido una prolongada resistencia frente a la expansión del Estado inca y, posteriormente, a la conquista española (Aij' Juank, 1994; L. M. Valdez, 2017).

De manera similar, Federico Kauffmann Doig (2003), al analizar la cultura Chachapoya, sugirió la posibilidad de una filiación aimara para la lengua hablada por este pueblo antes de la expansión del quechua. Por otro lado, también se plantea la hipótesis que por su ubicación geográfica dentro del corredor nororiental, los Chachapoyas mantuvieron contactos prolongados con grupos amazónicos, entre ellos los hablantes de lenguas pertenecientes a la familia Cahuapana, como los actuales Shawi. Tales contactos habrían favorecido procesos de intercambio léxico y cultural, aun cuando no sea posible establecer con certeza relaciones de filiación genética entre dichas lenguas (Adelaar & Muysken, 2004; Valenzuela, 2015b).

En conjunto, la evidencia arqueológica, antropológica y lingüística permite considerar al eje nororiental amazónico como uno de los principales corredores históricos de integración entre la Amazonía y los Andes. Más que una frontera geográfica, este territorio constituyó un espacio de interacción permanente que facilitó la circulación de poblaciones, tecnologías, cultivos, bienes simbólicos y tradiciones lingüísticas. Estos procesos contribuyeron decisivamente a la configuración de la diversidad cultural del antiguo Perú y explican la compleja red de influencias recíprocas que caracterizó a las sociedades andino-amazónicas durante milenios.

#### **b) El corredor centro-oriental amazónico y las relaciones entre las lenguas amazónicas y andinas:**

La región central de la Amazonía peruana constituyó, desde épocas prehispánicas tempranas, uno de los principales espacios de interacción entre las tierras bajas amazónicas y los Andes orientales.

Las investigaciones arqueológicas y lingüísticas sugieren la existencia de antiguos movimientos poblacionales en dirección este-oeste asociados a pueblos pertenecientes a grandes familias lingüísticas amazónicas, entre ellas la arawak y la pano, así como a otros grupos de la floresta ecuatorial. Estos procesos migratorios contribuyeron a la configuración de sociedades complejas

en la cuenca del Ucayali, donde se desarrollaron tradiciones arqueológicas tempranas como Tutishcainyo y Shakimu, caracterizadas por una importante producción cerámica y por amplias redes de intercambio regional (Lathrap, 1970; Myers, 1974).

La tradición Tutishcainyo, ubicada cronológicamente dentro del Formativo temprano amazónico, evidencia que la Amazonía central no fue un espacio aislado, sino una región conectada con otros ámbitos culturales del antiguo Perú. Algunos investigadores han planteado posibles influencias de estas sociedades amazónicas en los centros formativos andinos, particularmente Chavín y Kotosh, a través del intercambio de bienes, tecnologías y elementos simbólicos. Si bien la naturaleza exacta de estas relaciones continúa siendo discutida, la evidencia arqueológica indica que existieron contactos prolongados entre poblaciones amazónicas y andinas desde épocas muy antiguas (Burger, 1995; Kaulicke, 2010; Lathrap, 1970).

Estos intercambios debieron estar acompañados por procesos de comunicación intercultural, bilingüismo y transferencia lingüística. En este sentido, los corredores comerciales y las rutas de movilidad humana funcionaron también como corredores lingüísticos, favoreciendo la circulación de préstamos léxicos, innovaciones gramaticales y rasgos culturales compartidos entre poblaciones de diferentes regiones.

Desde esta perspectiva, algunos investigadores han señalado que el contacto histórico entre lenguas amazónicas y andinas pudo contribuir a la configuración de determinadas características lingüísticas presentes en las lenguas de ambas regiones, aunque todavía no existe evidencia suficiente para establecer un parentesco genético directo entre las familias pano, arawak y quechua, es probable que esta se produjera desde su época de formación (Adelaar & Muysken, 2004; Campbell, 2013).

Dentro de este amplio proceso de interacción, el eje Ucayali-Andes centrales habría desempeñado un papel estratégico. Las rutas transversales que conectaban la Amazonía con la sierra y, posteriormente, la sierra con la costa, permitieron la circulación de productos amazónicos, conocimientos ecológicos y prácticas culturales hacia los Andes occidentales. En este escenario pudieron desarrollarse procesos acumulativos de contacto que influyeron en la evolución histórica de las lenguas andinas, entre ellas el quechua.



Lingüístico Durante el periodo de desarrollo regional, la cultura Huarpa, asentada en la región de Ayacucho entre los siglos III y VI d. C., pudo haber desempeñado un papel importante como intermediaria entre diferentes áreas ecológicas. Su ubicación estratégica permitió la articulación de rutas entre los Andes centrales, la costa sur y las vertientes amazónicas orientales. Posteriormente, el Estado Wari (ca. 600–1000 d. C.) amplió estas redes de interacción y favoreció

la difusión de determinadas variedades lingüísticas andinas, aunque la relación exacta entre Wari y la expansión del quechua sigue siendo discutida por los especialistas (Isbell, 2008; Torero, 2002).

En resumen, con respecto al origen del quechua, existen dos grandes posiciones interpretativas. La primera, sostenida por el historiador Waldemar Espinoza, plantea que esta lengua tuvo su origen en la cultura Chíncha y en la costa central del Perú (Espinoza Soriano, 1987). La segunda, sustentada en investigaciones lingüísticas contemporáneas, sitúa la formación del protoquechua en los Andes centrales, probablemente en un amplio espacio comprendido entre la costa central y la región centro-sur del Perú (Torero, 2002; Adelaar & Muysken, 2004).

En relación con la expansión del quechua, también se distinguen dos enfoques principales. El primero sostiene que su difusión estuvo estrechamente vinculada a la expansión del Estado Wari, que habría empleado el quechua como lengua de administración e integración territorial (Torero, 2002). El segundo plantea que la expansión del quechua fue el resultado de procesos de interacción regional previos al surgimiento del Estado inca, favorecidos por redes de intercambio económico, movilidad poblacional y contactos interculturales; posteriormente, su difusión alcanzó una escala mucho mayor gracias a la consolidación política y económica del Estado inca (Adelaar & Muysken, 2004; Cerrón-Palomino, 2003).

Asimismo, algunas hipótesis proponen que las zonas de contacto entre la Amazonía del Ucayali, Ayacucho y la costa central constituyeron espacios de intensa interacción cultural y lingüística, que habrían desempeñado un papel importante en la diferenciación temprana del protoquechua. No obstante, esta interpretación continúa siendo objeto de debate y requiere mayor evidencia arqueológica, histórica y lingüística para ser confirmada (Torero, 2002; Cerrón-Palomino, 2003).

Más que interpretaciones excluyentes, estas propuestas pueden considerarse complementarias. En ese sentido, es posible plantear que el quechua se originó en un amplio corredor de interacción cultural y comercial que articulaba la Amazonía del Ucayali, Ayacucho y la costa central del Perú atravesando los andes. Posteriormente, su expansión habría ocurrido en distintas etapas: inicialmente como lengua de integración regional durante la expansión Wari y, más tarde, como lengua general o franca del Estado inca, proceso que consolidó su difusión en gran parte de los Andes centrales (Adelaar & Muysken, 2004; Cerrón-Palomino, 2003; Torero, 2002). En cuanto a (Heggarty, 2017) plantea que esta familia lingüística habría tenido su desarrollo temprano en los Andes centrales antes de expandirse hacia el sur. Desde nuestro punto de vista, su expansión también estaría relacionada con procesos de movilidad de poblaciones altoandinas y con transformaciones económicas vinculadas al pastoreo de camélidos y al aprovechamiento de los ecosistemas de altura. A diferencia del quechua, cuya expansión estuvo favorecida posteriormente por estructuras políticas regionales, el aimara parece haber mantenido durante largos periodos una distribución asociada a comunidades andinas específicas.

En conjunto, la relación entre el quechua, el aimara y las lenguas amazónicas debe comprenderse dentro de un marco de interacción histórica y no necesariamente como resultado de un origen común. La presencia cultural milenaria de pueblos arawak y pano en la Amazonía central, junto con su participación en redes de intercambio hacia los Andes, creó condiciones favorables para procesos de contacto lingüístico prolongado. Estos contactos pudieron dejar huellas en el léxico, la organización cultural y ciertos rasgos lingüísticos de las poblaciones andinas y amazónicas, demostrando que la historia lingüística del antiguo Perú fue el resultado de continuos procesos de movilidad, intercambio y adaptación entre regiones ecológicamente distintas.

**c) El corredor suroriental y las relaciones entre la Amazonía, el altiplano y las lenguas prehispánicas:**

El espacio suroriental de los Andes constituye otro escenario fundamental para comprender las antiguas relaciones entre las tierras bajas amazónicas y el altiplano andino. La presencia histórica de los pueblos uros ha sido interpretada por algunos investigadores como evidencia de una interacción temprana entre poblaciones amazónicas y andinas. Diversas propuestas han planteado que los uros podrían estar relacionados con antiguos procesos migratorios procedentes de las tierras bajas, incluso vinculándolos hipotéticamente con poblaciones de filiación arawak; sin embargo, esta interpretación continúa siendo debatida (Adelaar & Muysken, 2004; Torero, 2002).

Desde una perspectiva histórica y antropológica, los uros constituyen uno de los grupos más antiguos del altiplano peruano-boliviano, cuya presencia está asociada principalmente al entorno del lago Titicaca y a una economía basada en la explotación de recursos acuáticos. La construcción de islas flotantes, elaboradas con totora (*Schoenoplectus californicus*), representa una adaptación cultural singular al ecosistema lacustre y expresa una larga relación entre las sociedades humanas y los ambientes acuáticos de los Andes meridionales (Bandelier, 1910; Wachtel, 1990). Aunque las interpretaciones sobre su origen amazónico deben tomarse con cautela, algunos estudios han señalado posibles conexiones antiguas entre las poblaciones lacustres y las redes de movilidad que articulaban los Andes orientales con las tierras bajas amazónicas.

La evidencia arqueológica confirma que existieron rutas de comunicación entre el altiplano y la Amazonía desde épocas prehispánicas. Los petroglifos, caminos antiguos y sitios arqueológicos ubicados en las vertientes orientales de los Andes muestran que estas regiones no estuvieron aisladas, sino integradas mediante corredores de intercambio por donde circularon bienes, conocimientos y prácticas rituales. Estos contactos se intensificaron durante el desarrollo de sociedades complejas como Pukara (ca. 500 a. C.-300 d. C.) y Tiwanaku (500-1000 d. C.), cuyos territorios mantuvieron relaciones económicas y simbólicas con diversas regiones ecológicas del área andina y amazónica (Stanish, 2003; Kolata, 1993).



En este contexto, la lengua pukina constituye un elemento clave para analizar las antiguas interacciones culturales del altiplano. El pukina fue una de las principales lenguas del sur andino antes de su desaparición progresiva frente a la expansión del aimara y posteriormente del quechua. Algunos investigadores han relacionado esta lengua con la antigua tradición cultural asociada a Pukara y Tiwanaku, aunque su clasificación lingüística continúa siendo objeto de

debate (Adelaar & Muysken, 2004). (Espinoza Soriano, 1987) propuso que el pukina pudo haber tenido un papel destacado dentro de la elite incaica y que habría sobrevivido como una lengua reservada para ciertos grupos de la nobleza antes de ser desplazada por el quechua en el Cusco.

La posible relación entre el pukina y las lenguas amazónicas constituye una hipótesis interesante dentro del estudio de los contactos lingüísticos sudamericanos. Algunos investigadores han señalado que las grandes familias amazónicas, como arawak y pano, participaron en amplias redes de movilidad que conectaron las tierras bajas con los Andes orientales; hasta el momento existen pruebas suficientes para establecer un contacto largo y permanente, pero no un parentesco directo entre el pukina y estas familias lingüísticas (Campbell, 2012; Adelaar & Muysken, 2004). Lo que sí parece evidente es que el altiplano andino formó parte de una extensa red de interacción cultural donde confluyeron poblaciones de distintos orígenes, generando procesos de intercambio lingüístico, tecnológico y simbólico.

En consecuencia, el corredor suroriental debe entenderse como un espacio histórico de convergencia entre los Andes y la Amazonía. Más que una frontera entre dos mundos separados, constituyó una zona dinámica donde circularon pueblos, lenguas y tradiciones culturales durante miles de años. El estudio de los uros, el pukina. Los Chachapoyas, los Bracamoros y las antiguas sociedades de los andes orientales permite comprender que la formación cultural andina fue resultado de procesos continuos de interacción con las regiones amazónicas y no únicamente de desarrollos internos de las tierras altas.

#### 4. Conclusiones

La evidencia arqueológica, lingüística e histórica disponible sugiere que la costa y la Amazonía peruana constituyeron escenarios de ocupación humana temprana, donde se desarrollaron procesos iniciales de complejización social que influyeron en la configuración cultural de los Andes a través de diversos corredores de interacción. En este contexto, es plausible plantear que, durante las primeras etapas del desarrollo regional, se produjo una intensa dinámica de intercambio entre las poblaciones amazónicas y andinas, favoreciendo procesos de difusión cultural hacia los Andes orientales, antes de que estas sociedades adquirieran identidades políticas y culturales plenamente diferenciadas (Dillehay, 2000; Lathrap, 1970; Roosevelt, 1999). Aunque posteriormente estos grupos experimentaron trayectorias históricas particulares, las evidencias disponibles indican que mantuvieron redes permanentes de intercambio económico, tecnológico, simbólico y lingüístico.

Asimismo, la Amazonía peruana desempeñó un papel fundamental como espacio de consolidación, diversificación y expansión de importantes familias lingüísticas, entre ellas las pano, arawak, jíbaro y Cahuapana. Estas familias mantuvieron algunos de los contactos más tempranos y persistentes con las poblaciones andinas, favoreciendo la circulación de bienes, conocimientos, tecnologías y elementos culturales a través de los corredores de interacción que articularon la Amazonía con la sierra y la costa (Heckenberger, 2002; L. M. Valdez, 2017). En contraste, la familia tupí-guaraní desarrolló su proceso histórico principalmente en las tierras bajas amazónicas, integrándose a redes de intercambio predominantemente (Rodrigues & Cabral, 2012; Noelli, 2008). Por otra parte, la presencia de lenguas de la familia caribe en el actual territorio peruano continúa siendo una cuestión no resuelta. Si bien algunos autores han planteado posibles vínculos entre los grupos extintos cholón e hibito, en la región San Martín Perú y dicha familia lingüística, las evidencias lingüísticas e históricas disponibles no permiten confirmar de manera concluyente esta hipótesis, por lo que su clasificación sigue siendo objeto de debate (Adelaar & Muysken, 2004; Campbell, 2012).

Desde una perspectiva lingüística, diversos estudios coinciden en que las principales familias lingüísticas amazónicas poseen una profundidad temporal considerable, anterior a la expansión histórica del quechua, el aimara y el pukina como lenguas de amplia difusión en los Andes (Adelaar & Muysken, 2004; Campbell, 2012). En consecuencia, resulta razonable plantear como

hipótesis que, durante las primeras fases de interacción interregional, la influencia lingüística se orientó predominantemente desde la Amazonía hacia los Andes. Posteriormente, con la consolidación y expansión de entidades políticas andinas de gran escala —particularmente a partir del Horizonte Medio y, con mayor intensidad, durante el período Inca—, la dirección de esta influencia adquirió un carácter inverso y complementario, extendiendo las lenguas andinas hacia amplios sectores amazónicos mediante procesos de integración política, intercambio económico y movilidad poblacional (Torero, 2002; Cerrón-Palomino, 2003).

En conjunto, los datos disponibles permiten concluir que las relaciones entre los mundos andino y amazónico no deben entenderse como procesos unidireccionales, sino como una dinámica histórica de interacción continua. A partir del surgimiento y consolidación de las civilizaciones andinas, el contacto entre ambas regiones se intensificó y la influencia lingüística se volvió progresivamente bidireccional. Este proceso favoreció fenómenos de convergencia, préstamo léxico e hibridación lingüística, evidenciando que los corredores culturales constituyeron espacios estratégicos para la circulación de poblaciones, tecnologías, ideologías y lenguas. En consecuencia, el estudio de estos corredores ofrece un marco interpretativo sólido para comprender la formación histórica de la diversidad cultural y lingüística del antiguo Perú y resalta la necesidad de fortalecer las investigaciones interdisciplinarias que integren evidencia arqueológica, lingüística, genética e histórica.

## Financiamiento

Ninguno.

## Conflicto de intereses

Ninguno

## Contribución de autores

Conceptualización, Investigación, Supervisión, Redacción – borrador original, Redacción – revisión y edición: Roberto Esteban Sánchez Colina. Curación de datos, Visualización, Redacción – borrador original: Carlos Trigos García.

## Referencias bibliográficas

- Adelaar, W. F. H., & Muysken, P. C. (2004). *The Languages of the Andes*. Cambridge University Press.
- Aij' Juank. (1994). *Pueblo de fuertes: Rasgos de historia shuar para los planteles biculturales de educación media*. Ediciones Abya-Yala.
- Aikhenvald, A. Y. (2012). *The Languages of the Amazon*. Oxford University Press.
- Bossert, F., & Villar, D. (2013). *Hijos de la selva / Sons of the Forest: La fotografía etnográfica de Max Schmidt / The Ethnographic Photography of Max Schmidt*. Perceval Press.
- Burger, R. L. (1995). *Chavín and the Origins of Andean Civilization*. Thames and Hudson.
- Campbell, L. (2012). Classification of the Indigenous Languages of South America. In L. Campbell & V. Grondona (Eds.), *The Indigenous Languages of South America: A Comprehensive Guide* (pp. 59–166). De Gruyter Mouton. <https://doi.org/10.1515/9783110258035.59>
- Campbell, L. (2013). *Historical Linguistics: An Introduction* (3rd edition). Edinburgh University Press.
- Cardich, A. R. (1958). *Los yacimientos de Lauricocha: Nuevas interpretaciones de la prehistoria peruana*. Centro Argentino de Estudios Prehistóricos.

- Cerrón-Palomino, R. (1995). *La lengua de Naimlap: Reconstrucción y obsolescencia del mochica*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://doi.org/10.18800/8483909863>
- Cerrón-Palomino, R. (2003). *Lingüística quechua* (2.<sup>a</sup> edición). Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.
- Cerrón-Palomino, R. (2008). *Voces del Ande: Ensayos sobre onomástica andina*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://doi.org/10.18800/9789972428562>
- Cerrón-Palomino, R. (2010). *Lingüística peruana: Introducción bibliográfica a los estudios sobre las lenguas andinas*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.
- Coomes, O. T., Rivas Panduro, S., Abizaid, C., & Takasaki, Y. (2021). Geolocation of unpublished archaeological sites in the Peruvian Amazon. *Scientific Data*, 8, 290. <https://doi.org/10.1038/s41597-021-01067-7>
- Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (Editors). (2018). *The SAGE Handbook of Qualitative Research* (5th edition). SAGE Publications.
- Descola, P., & Pálsson, G. (Editors). (1996). *Nature and Society: Anthropological Perspectives*. Routledge.
- Dillehay, T. D. (2000). *The Settlement of the Americas: A New Prehistory*. Basic Books.
- Dixon, R. M. W., & Aikhenvald, A. Y. (Editors). (1999). *The Amazonian Languages*. Cambridge University Press.
- Epps, P., & Michael, L. (2017). The Areal Linguistics of Amazonia. In R. Hickey (Ed.), *The Cambridge Handbook of Areal Linguistics* (pp. 934–963). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781107279872.033>
- Erikson, P. (1993). La mobilité comme tradition: Les Pano. *Journal de la Société des Américanistes*, 79, 45–76.
- Espinoza Soriano, W. (1987). *Los incas: Economía, sociedad y Estado en la era del Tahuantinsuyo*. Amaru Editores.
- Fleck, D. W. (2013). Panoan Languages and Linguistics. In *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* (Number 99). American Museum of Natural History. <https://doi.org/10.5531/sp.anth.0099>
- Gadamer, H.-G. (2004). *Truth and Method* (2nd revised edition). Continuum.
- Gildea, S. (2012). Linguistic studies in the Cariban family. In L. Campbell & V. Grondona (Eds.), *The Indigenous Languages of South America: A Comprehensive Guide* (pp. 441–494). De Gruyter Mouton. <https://doi.org/10.1515/9783110258035.441>
- Heckenberger, M. J. (2002). Rethinking the Arawakan diaspora: Hierarchy, regionality, and the Amazonian formative. In J. D. Hill & F. Santos-Granero (Eds.), *Comparative Arawakan Histories: Rethinking Language Family and Culture Area in Amazonia* (pp. 99–122). University of Illinois Press.
- Heckenberger, M. J. (2005). *The Ecology of Power: Culture, Place, and Personhood in the Southern Amazon, A.D. 1000–2000*. Routledge.
- Heggarty, P. (2017). *Quechua and Aymara: A linguistic prehistory*.
- Hernández Sampieri, R., & Mendoza Torres, C. P. (2018). *Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*. McGraw-Hill Education.
- Hornborg, A., & Hill, J. D. (Editors). (2011). *Ethnicity in Ancient Amazonia: Reconstructing Past Identities from Archaeology, Linguistics, and Ethnohistory*. University Press of Colorado.

- Hünemeier, T. (2015). *Genetic signatures of Amazonian population expansions*.
- Isbell, W. H. (2008). Wari and Tiwanaku: International identities in the Central Andean Middle Horizon. In H. Silverman & W. H. Isbell (Eds.), *The Handbook of South American Archaeology* (pp. 731–759). Springer.
- Kaulicke, P. (2010). *El Perú Antiguo (9000 a.C.–200 d.C.): Los períodos Arcaico y Formativo*. Empresa Editora El Comercio.
- Lathrap, D. W. (1970). *The Upper Amazon*. Thames and Hudson.
- Lavallée, D. (2000). *The First South Americans*. University of Utah Press.
- Lynch, T. F. (1980). *Guitarrero Cave: Early Man in the Andes*. Academic Press.
- MacNeish, R. S., Patterson, T. C., & Browman, D. L. (1970). The prehistory of the Ayacucho Basin, Peru. *Science*, 169(3943), 479–486.
- Melià, B. (1987). La tierra sin mal de los guaraní: Economía y profecía. *Suplemento Antropológico*, 22(2), 81–97.
- Myers, T. P. (1974). Early Trade Networks in the Amazon Basin. In R. L. Carneiro (Ed.), *The Cultural Ecology of the Amazon Basin*. Smithsonian Institution.
- Noelli, F. S. (1998). The Tupi: Explaining origin and expansions in terms of archaeology and of historical linguistics. *Antiquity*, 72(277), 648–663. <https://doi.org/10.1017/S0003598X00087068>
- Pärssinen, M., Kalliola, R., Ranzi, A., Puttonen, E., Lopes, R. C., Virtanen, P. K., Apurinã, F., Ruokolainen, K., Hyypä, J., Kukko, A., Campos, M., de Novaes, F., Oinonen, M., Barbosa, A. D., Saunalauma, S., & Ferreira, E. (2026). Over 20,000 precolonial earthworks in the Southwest Amazonia. *Nature*. <https://doi.org/10.1038/s41586-026-10835-7>
- Payne, D. L. (1991). A classification of Maipuran (Arawakan) languages based on shared lexical retentions. In D. C. Derbyshire & G. K. Pullum (Eds.), *Handbook of Amazonian Languages* (Vol. 3, pp. 355–499). Mouton de Gruyter.
- Politis, G. G., Messineo, P. G., & Kaufmann, C. A. (2008). The Campo Laborde site: New evidence for the Holocene survival of Pleistocene megafauna in the Argentine Pampas. *Quaternary International*, 191(1), 98–114. <https://doi.org/10.1016/j.quaint.2007.12.003>
- Rodrigues, A. D. (2000). Panorama das línguas indígenas da Amazônia. In F. Queixalós & O. Renault-Lescure (Eds.), *As Línguas Amazônicas Hoje* (pp. 15–28). Instituto Socioambiental / Museu Paraense Emílio Goeldi / IRD.
- Rodrigues, A. D., & Cabral, A. S. A. C. (2012). Tupían. In L. Campbell & V. Grondona (Eds.), *The Indigenous Languages of South America: A Comprehensive Guide* (pp. 495–574). De Gruyter Mouton.
- Roosevelt, A. C. (Editor). (1994). *Amazonian Indians from Prehistory to the Present: Anthropological Perspectives*. University of Arizona Press.
- Roosevelt, A. C. (1999). The Development of Prehistoric Complex Societies: Amazonia, A Tropical Forest. *Archeological Papers of the American Anthropological Association*, 9(1), 13–33. <https://doi.org/10.1525/ap3a.1999.9.1.13>
- Roosevelt, A. C., Douglas, J., & Brown, L. (2002). The Migrations and Adaptations of the First Americans: Clovis and Pre-Clovis Viewed from South America. In N. G. Jablonski (Ed.), *The First Americans: The Pleistocene Colonization of the New World* (pp. 159–236). California Academy of Sciences.
- Rostworowski, M. (1999). *Historia del Tahuantinsuyo*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Sandweiss, D. H., McInnis, H., Burger, R. L., Cano, A., Ojeda, B., Paredes, R., Sandweiss, M. del

- C., & Glascock, M. D. (1998). Quebrada Jaguay: Early South American Maritime Adaptations. *Science*, 281(5384), 1830–1832. <https://doi.org/10.1126/science.281.5384.1830>
- Santos-Granero, F. (2002). The Arawakan Matrix: Ethos, Language, and History in Native South America. In J. D. Hill & F. Santos-Granero (Eds.), *Comparative Arawakan Histories: Rethinking Language Family and Culture Area in Amazonia* (pp. 25–50). University of Illinois Press.
- Shady Solís, R. (2006). *Caral-Supe: La civilización más antigua de América*. Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe / Instituto Nacional de Cultura.
- Smith, R. C. (2011). ¿Un sustrato arawak en los Andes centrales? La historia oral y el espacio histórico cultural yánesha. In J.-P. Chaumeil, Ó. Espinosa de Rivero, & M. Cornejo Chaparro (Eds.), *Por donde hay soplo: Estudios amazónicos en los países andinos* (pp. 219–254). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Francés de Estudios Andinos. <https://doi.org/10.18800/9789972623714.008>
- Steward, J. H. (Editor). (1948). *Handbook of South American Indians* (Vols. 3–5). Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology.
- Susnik, B. (1981). *Los aborígenes del Paraguay*. Museo Etnográfico Andrés Barbero.
- Torero, A. (2002). *Idiomas de los Andes: Lingüística e historia*. Instituto Francés de Estudios Andinos / Editorial Horizonte.
- Valdez, F. (2008). Mayo Chinchipe. *Les Nouvelles de l'Archéologie*, (112), 53–58. <https://doi.org/10.4000/nda.288>
- Valdez, L. M. (2017). *Andean-Amazonian Interactions: Archaeology and Ethnohistory of the Selva Alta*. Routledge.
- Valenzuela, P. M. (2015a). ¿Qué tan “amazónicas” son las lenguas kawapana? Contacto con las lenguas centro-andinas y elementos para un área lingüística intermedia. *Lexis*, 39(1), 5–56. <https://doi.org/10.18800/lexis.201501.001>
- Valenzuela, P. M. (2015b). *Diversidad lingüística en la Amazonía peruana: procesos históricos y contacto de lenguas*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.